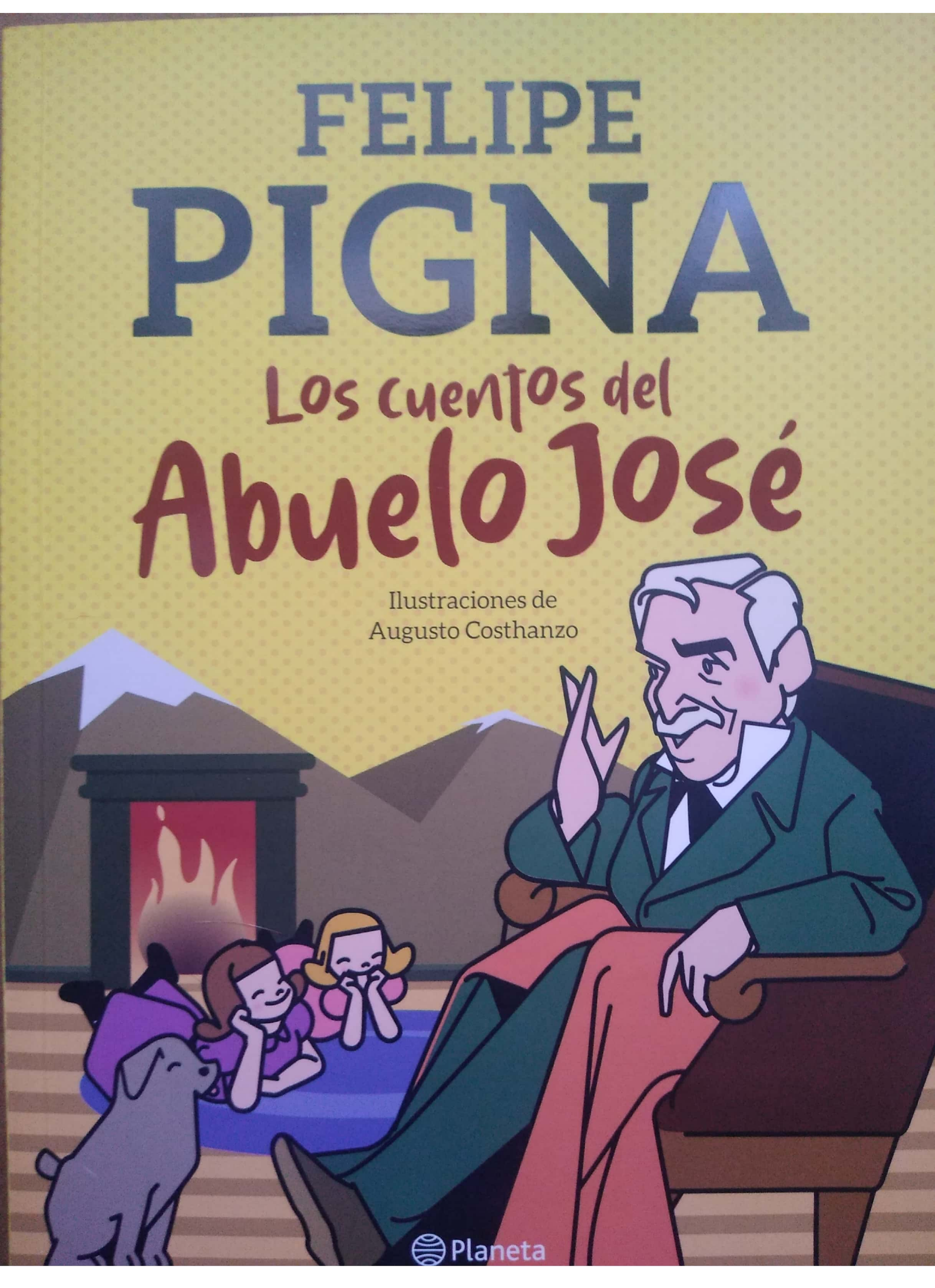
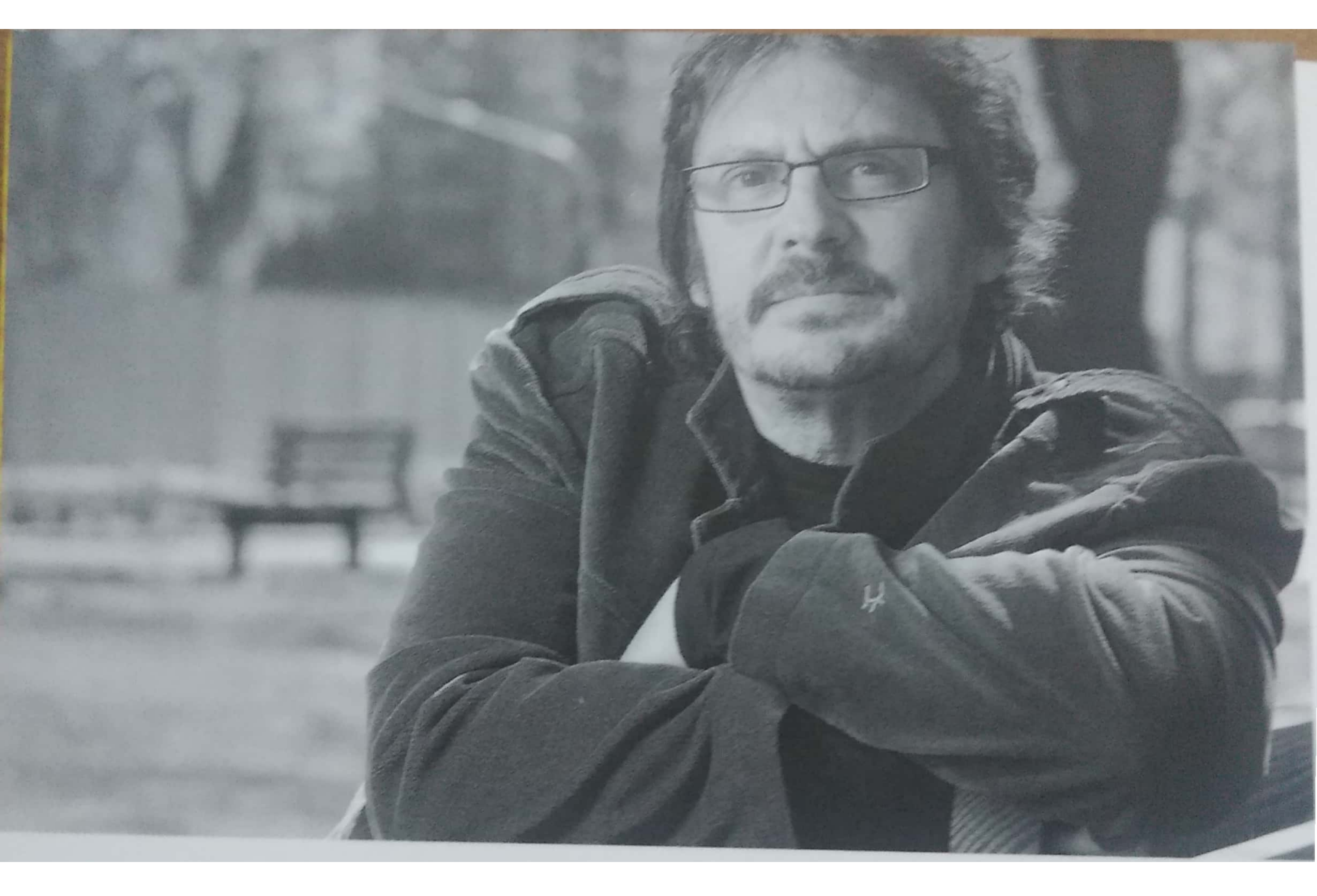

FELIPE
PIGNA
Los cuentos del
Abuelo José
Ilustraciones de
Augusto Costhanzo
Planeta



Como profesor de Historia, **Felipe Pigna** (1959, Mercedes, prov. de Buenos Aires) dirigió el proyecto "Ver la Historia" de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini de la Universidad de Buenos Aires, con el que se realizó el documental fílmico *200 años de historia argentina*, de trece capítulos. En televisión condujo *Historia confidencial, vida y vuelta*, *Lo pasado pensado* y *El espejo retrovisor* por Canal 7. Fue conductor junto con Mario Pergolini de *Algo habrán hecho por la historia argentina*, basado en sus libros *Los mitos de la historia argentina*, emitido por Canal 13 y Telefé, que alcanzó los 25 puntos de rating en el *prime time* y obtuvo el premio Martín Fierro 2006 y 2007 y el premio Clarín en 2006 y 2009. Condujo por The History Channel la serie de documentales sobre los bicentenarios latinoamericanos *Unidos por la Historia*, ganadora del Martín Fierro del cable. En 2012 condujo el ciclo *Historia clínica*, emitido por Telefé.

En 2012 dirigió el documental *Chacú, una historia de la provincia del Chaco*, emitido por el Canal Encuentro. En 2013 dirigió el documental *Misiones, historia de nuestra provincia*. Fue ganador del Martín Fierro 2017 al mejor programa cultural de la TV por *Noticias de ayer*. Ha publicado *El mundo contemporáneo* (1999), *La Argentina contemporánea* (2000), *Pasado en presente* (2001), *Historia confidencial* (2003), *Los mitos*

//...

de la historia argentina (2004), *Los mitos de la historia argentina, tomo 2* (2005), *Lo pasado pensado* (2006), *La larga noche de la dictadura* y *La noche de los bastones largos* (2006, junto con María Seoane), *Los mitos de la historia argentina, tomo 3* (2006), *La historieta argentina* (2007-2016), *Evita* (2007), *José de San Martín, documentos para su historia* (2008), *Los mitos de la historia argentina, tomo 4* (2008), *Historias de nuestra historia, una historia animada para chicos y no tan chicos* (seis tomos libro + DVD), *Libertadores de América* (2009, Premio Manuel Alvar en el rubro Humanidades de la Fundación Lara, Madrid, editado en la Argentina, España y Colombia), *1810, la otra historia de nuestra revolución fundadora* (2010), *Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras* (2011), *Evita, jirones de su vida* (2012, editado en la Argentina, España y Colombia), *Los mitos de la historia argentina, tomo 5* (2013), *Al gran pueblo argentino salud. Una historia del vino argentino, la bebida nacional* (2014), *La voz del Gran Jefe. Vida y pensamiento de José de San Martín* (2014), *Manuel Belgrano. Hombre del bicentenario* (2016), *La vida por la patria. Una biografía de Mariano Moreno* (2017) y *Mujeres insolentes de la historia I y II* (2018).
Es columnista de la revista *Viva*. En Radio Nacional conduce *Historias de nuestra historia* y, en Canal 7, el ciclo *Noticias de ayer*.
Es director de la Colección Bicentenario de la editorial Emecé, de la revista *Caras y Caretas* y de www.elhistoriador.com.ar, el sitio de historia más visitado de la Argentina. En su página de Facebook, *Felipe Pigna página oficial*, tiene más de 830.000 seguidores y, en Twitter, 399.000.

FELIPE PIGNA

Los cuentos del Abuelo José

A mis amados hijos
Martín, Julián y **Frida**







El abuelo José y sus nietas

Después de liberar medio continente, **José de San Martín** comenzó a ser perseguido por sus enemigos de siempre: los unitarios de Buenos Aires, que no le perdonaban el haber elegido la lucha por la independencia por encima de las guerras civiles. Lo hacían responsable de la caída de la capital en manos de los caudillos del Litoral, en 1820, y lanzaron una campaña de calumnias en su contra en los medios de prensa afines a **Bernardino Rivadavia**, el todopoderoso ministro de gobierno de la provincia más rica del país. También lo rodearon de espías y hasta lo amenazaron de muerte.

José no pudo siquiera llegar a tiempo para darle el último adiós a su esposa **Remedios**. Finalmente, en medio de anuncios en la prensa sobre posibles juicios totalmente arreglados para inculparlo, decidió de todos modos bajar a Buenos Aires desde Mendoza, para rendirle un último homenaje a su compañera, y reencontrarse con su querida hija **Merceditas**, **«Chiche»** como le gustaba llamarla, que había quedado al cuidado de su abuela y de su tía mientras él encaraba la campaña al Perú.

Junto con Merceditas fueron a la tumba de Remedios y colocaron una placa de mármol en la que el general había hecho tallar: «Aquí descansa Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín».

Era tanta la ingratitud y la persecución, que José decidió marcharse de su amada patria junto a su hijita y a **Eusebio**, su asistente peruano. Desde el puerto partieron hacia Francia, donde gobernaban nuevamente los **Borbones**, primos de **Fernando VII**, por lo que les negaron el ingreso argumentando que San Martín era «un peligroso revolucionario americano». De allí pasaron a Inglaterra, pero la vida en ese país les resultó tan costosa que se instalaron en la más humilde y económica Bruselas.

José, Mercedes y Eusebio vivirán muy modestamente en la actual capital de Bélgica, porque el gobierno de Buenos Aires no le pagaba al general sus pensiones. Hubo que esperar a que los vientos políticos cambiasen para que, hacia 1830, cuando cayó la dinastía borbónica, San Martín se mudara a París. Allí, el **Libertador** conocerá a un hombre que será clave en su desembarco en esta ciudad: **Alejandro Aguado**, un banquero español muy rico y con excelentes contactos en todos los niveles, que además era empresario de la Ópera de París y en su mansión tenía una de las mejores colecciones de obras de arte de Europa.

A José le fascinaban la pintura y la música, por lo que el vínculo con Alejandro se estrechará. Con la ayuda y el asesoramiento del banquero comprará un bello departamento cerca de la Ópera de París.

En 1832, padre e hija enfermaron gravemente de cólera y fueron atendidos por el médico argentino **Mariano Balcarce**, hijo del **general Balcarce**, un querido amigo y compañero de San Martín en el Ejército de los Andes.

En esos tiempos del cólera nació el amor entre Mariano y Mercedes, que se casaron en diciembre de ese mismo año y partieron de luna de miel a Buenos Aires.

A comienzos de 1834, Mercedes y Mariano regresaban a Francia con un miembro más de la familia: **María Mercedes Balcarce**, la primera nietita del Libertador, que había nacido en Buenos Aires el 14 de octubre de 1833.

En su regreso, junto con el histórico sable corvo que su suegro le había pedido especialmente que recuperara, Mariano Balcarce le llevó a San Martín las sumas que hacía años el gobierno le adeudaba y que su cuñado **Manuel Escalada** venía sistemáticamente reclamando. Con esos fondos y la ayuda adicional de Aguado, en 1834, el Libertador compró su casa más famosa en la comuna de Évry, a veintisiete kilómetros de París. La población, por entonces, se dividía en dos sectores: Petit Bourg, donde se encontraba la mansión de Aguado, y Grand Bourg, donde estaba la vivienda de San Martín.

La casa –cuya reproducción, construida en Palermo, Buenos Aires, en la década de 1940, es la sede del Instituto Nacional Sanmartiniano y puede visitarse– era un edificio



de tres plantas y sótano, con sala, comedor, ocho dormitorios y otros tres para el personal doméstico. Estaba en un predio de una manzana, con un jardín donde el general practicaba su afición por la floricultura y la horticultura, y tenía una caballeriza, entre otras dependencias.

La familia –a la que el 14 de julio de 1836, día del aniversario de la Revolución Francesa, se sumó **Josefa Dominga Balcarce**, segunda nieta del general– vivía en esa casa de Grand Bourg en los meses de primavera y verano.

El vínculo del abuelo con sus nietas fue entrañable. Les fabricaba muebles para sus muñecas, les enseñaba a pintar como había hecho con Mercedes, las llevaba a pasear a caballo y cuando caía la tarde, frente a la chimenea en invierno y en el jardín en verano, les contaba historias y cuentos. Algunos tenían que ver con su agitada e interesante vida, otros los había recogido andando y batallando por los caminos de tres continentes.

A nuestro querido Libertador le interesaban muchas cosas y supo transmitirle esa curiosidad primero a su hija Merceditas y luego a sus nietas.

Le encantaba la música, tocar la guitarra, pintar paisajes marinos, hacer muebles y trabajar la madera, ocuparse de la huerta y del jardín, y hasta arreglar relojes. Dedicaba horas a la lectura y entre sus preferidos estaba el *Quijote*, de Miguel de Cervantes Saavedra, y las obras de filósofos griegos. También leía con mucho interés los diarios que le llegaban de Buenos Aires y que le traían noticias de su querida y lejana patria.



En 1848, la familia se mudó a Boulogne sur Mer, en la costa de Normandía, y alquiló un departamento en lo alto de la Biblioteca Pública. A causa de sus cataratas avanzadas, el general quedará ciego, pero seguirá hasta los últimos días contando sus historias y pidiéndole a Mercedes que le lea los diarios argentinos y algunas páginas de sus libros preferidos.

El **abuelo José** murió a los setenta y dos años, en 1850. Su amada nieta María Mercedes, apasionada de la lectura y siempre dispuesta a las buenas obras y ayudar a los demás, murió muy joven, a los veintisiete años, por una mala praxis médica.

Josefa Dominga, **«Pepita»**, vivió muchos años. Se casó con un diplomático mexicano de familia muy adinerada y juntos compraron una enorme mansión en Brunoy, que a la muerte de su marido, la nieta del Libertador destinaría a un hogar para los pobres. Durante la Primera Guerra Mundial, cedió parte del lugar para la instalación de un hospital. Terminado el conflicto, Josefa Balcarce fue honrada con la mayor distinción que otorga el gobierno francés: la Legión de Honor. Tras donar todos sus bienes a los necesitados, Pepita murió en 1924.

Nos quedan las historias, estos cuentos que el abuelo José les podría haber contado a sus nietas, que aquí les dejo y espero disfruten mucho.

Una vuelta por Yapeyú

Esa tarde, como casi todas, José está muy atareado. Quiere terminar antes de la cena los mueblecitos para las muñecas que les prometió a Merceditas y Pepita, sus nietas. Pepita en realidad se llama Josefa, pero nadie le dice así. Tampoco el abuelo José, que adora a esa graciosa chiquita que corretea como una ardilla por toda la casa.

Aunque ya es un hombre mayor y tiene el pelo completamente blanco, de abuelito, como les gusta remarcar a sus nietas, José sigue siendo vital. Tiene algunos achaques que le trajeron los años y las circunstancias, pero eso no le impide moverse de acá para allá por el pequeño taller que montó en Grand Bourg, en el distrito deÉvry. Su austera casa de campo, a unos

kilómetros de la sofisticada París es su lugar en el mundo porque allí está su tesoro, lo que más quiere: su familia.

Hay dos cosas al respecto que es necesario aclarar: la primera es que a él jamás le interesaron ni los lujos ni las fiestas de «la ciudad luz». La segunda es que su salud nunca fue buena. Desde muy joven padeció asma y otras dolencias, pero eso no le impidió ser siempre un hombre enérgico, librar innumerables batallas, cruzar nada menos que la cordillera de los Andes, la segunda más alta del mundo, y transformarse en uno de los libertadores de América. Claro que eso pasó hace años, cuando él era el general José de San Martín. Ahora es orgullosamente el abuelo de Merceditas y Pepita.

José se apura a cortar, encolar y lijar las maderas con la habilidad de un carpintero porque sabe que, en cualquier momento, esas dos niñas que se suben a sus rodillas, lo abrazan y le enroscan los bigotes con sus deditos sabiendo que es capaz de cualquier cosa por ellas, van a irrumpir reclamando lo que les prometió.

«El abuelo José siempre cumple sus promesas», le dijo hace unos días Merceditas a su hermana menor.

Es verdad. La niña no se equivoca. Él fue siempre un hombre de palabra y ahora, se ríe cuando se da cuenta de lo que está pensando, es un abuelo de palabra. De muchas palabras. Porque a las dos pequeñas les encanta que el abuelo José les cuente historias. Cosas de su vida, del lugar donde nació, de las muchas personas que conoció, de sus hazañas y de las innumerables anécdotas y leyendas que fue reuniendo en su tránsito por tres continentes.

En todo eso piensa José mientras lija la diminuta pata que soportará la también pequeña cama para las muñecas de sus nietas.

La ventana está abierta y los pájaros empezaron a cantar anunciando el atardecer.

–Se armó el concierto –murmura José para sí.

El canto de uno de los pájaros se impone por sobre los demás. Más que un canto parece un lamento.

–Me hace acordar al urutaú –se dice. Y mezclado con el nombre de ese pájaro dicho en guaraní, esa lengua que aprendió cuando era un niño, junto con el aroma de las flores, el crujir de las hojas y la brisa suave, ahí, en el medio de su taller, aparece su infancia.

José no necesita cerrar los ojos para transportarse por unos instantes a Yapeyú.

José no necesita cerrar los ojos para transportarse por unos instantes a Yapeyú, ese pueblo que queda en la otra punta del mundo pero que tiene nombre de patria.

Merceditas entra saltando en el taller y atrás viene, como siempre, Pepita.

–¿Ya están listas, abuelo? –quieren saber las niñas.

–Falta poco –dice José–. Ya las barnicé y ahora solo hay que dejarlas secar.

–¿Las podemos ver? –pide Pepita con su media lengua.

–Sí, claro. Aquí están –le responde el abuelo mostrándole las dos camitas para muñecas que construyó.

–¡Son hermosas! –exclama Merceditas con una expresión completamente feliz–. Nuestras muñecas se van a sentir como princesas en estas camitas.

–Seguramente.

Justo en ese momento, el urutaú lanza otro de sus lamentos, y el abuelo José ve la oportunidad de distraer a sus pequeñas nietas, que ya no pueden aguantar las ganas que tienen de jugar con las camitas.

–¿Escuchan el canto de ese pájaro que parece llorar? –pregunta.

Merceditas y Pepita abren bien grandes los ojos y los oídos. La niña mayor se pone de pronto muy seria. Frunce la cara y se concentra para escuchar mejor, pero la pequeña no espera y responde enseguida:

–Sí, lo escucho. ¿Por qué llora el pajarito?

–En mi tierra lo llaman urutaú y según cuentan los guaraníes, es en realidad una doncella que se transformó en pájaro.

–¿En serio? –se asombra Merceditas–. Por favor, abuelo, contanos. ¿Quiénes son los guaraníes? ¿Por qué la doncella se hizo pájaro?



Merceditas se trepa a una silla y se sienta muy erguida junto a su abuelo, preparada para escuchar el relato.

–¿A vos también te interesa, Pepita? –quiere saber José.



–Mucho, abuelito. Pero mucho, mucho, mucho –responde la niña estirando los brazos para que su abuelo la siente en su regazo.

–Esta historia que voy a contarles me la contó Rosa Guarú, la niñera que me crio en Yapeyú, el lugar donde nací.

En guaraní, Yapeyú quiere decir «fruto maduro».

Merceditas se ríe.

–Ya-pe-yú, Ya-pe-yúúúú –repite alargando las letras e imitando un poco el canto del pájaro.

A Pepita le encantan las payasadas de su hermana.

Las dos ríen y el abuelo también.

–¡Qué nombre tan gracioso Yapeyú!

–En guaraní, Yapeyú quiere decir «fruto maduro».

–¿Te enseñaron guaraní en la escuela?

–No, Rosa me enseñó algunas palabras porque ella era guaraní: un pueblo que vive en esas tierras de América desde mucho antes de la llegada de los españoles. Fue la que también me enseñó a distinguir el canto de los pájaros.

–¿Y qué te contó Rosa del pájaro-doncella?

–Esto que ya les voy a contar. Escuchen bien...

«Cuenta la leyenda que hace muchos siglos, hubo una lucha sangrienta entre dos tribus que eran enemigas. El cacique de la tribu vencedora tomó prisionero a un joven guerrero llamado Cuimbae y se lo llevó a sus tierras. Parece que cuando la doncella

Ñambiú, única hija del cacique, y Cuimbae se vieron, se enamoraron perdidamente. Al cacique eso no le gustó nada, y no solo se negó a consentir que ambos se casaran, sino que le prohibió terminantemente a la muchacha que volviese a ver a su amado.

Ñambiú se puso muy triste. Lloraba todo el tiempo y era frecuente verla vagando por la selva, donde le contaba sus penas a los árboles, que parecían escucharla. Hasta que un día huyó para siempre al monte para refugiarse entre sus árboles amigos.

> **El cacique no solo se negó a consentir que ambos se casaran, sino que le prohibió terminantemente a la muchacha que volviese a ver a su amado.**

El cacique y su mujer se desesperaron. Lo primero que pensaron fue que Ñambiú había huido con el joven guerrero, pero eso no era posible porque Cuimbae seguía estando prisionero. Sin embargo, le preguntaron al joven si sabía dónde había ido la doncella, y este les dijo que había soñado que su amada Ñambiú estaba en los montes que rodean el río Iguazú, adonde había sido llevada por una bruja.

El cacique ordenó inmediatamente a un grupo de guerreros que partieran a buscarla. No les tomó mucho tiempo encontrarla. Pero cuando le pidieron que regresase, la muchacha, sin pronunciar una palabra, se negó.

Luego fueron las amigas de la doncella quienes se internaron en la espesa selva y le suplicaron a Ñambiú que volviera. Pero nuevamente la joven se quedó muda y no quiso regresar. El cacique decidió entonces consultar con el hechicero de la tribu, quien le dijo: “La doncella regresará cuando vuelva a sentir y a hablar”. De modo que el cacique en persona decidió ir en busca de su hija, y se internó en los montes del Iguazú junto con el hechicero y una gran comitiva. Para hacerla reaccionar y lograr que recuperara el habla y los sentimientos, envió primero a unos emisarios, quienes le dijeron a la doncella que sus padres habían muerto. Al recibir la noticia, Ñambiú no solo no pronunció una sola palabra, sino que se mantuvo tan fría como una estatua, sin derramar ni una lágrima.

El hechicero entonces se paró ante la muchacha y le dijo que Cuimbae, su amado guerrero, había muerto. Ñambiú se estremeció, lanzó un grito desgarrador y luego corrió hacia lo profundo de la selva, donde desapareció.

Ñambiú se estremeció, lanzó un grito desgarrador y luego corrió hacia lo profundo de la selva.

Minutos más tarde de que la doncella huyera, el cacique y su comitiva escucharon el triste canto de un pájaro desconocido que vagaba entre los árboles. Ñambiú se había

transformado en el urutaú o "ave fantasma" que, según cuenta la leyenda, llora todas las noches con un lamento tan desolador y fuerte que se oye a media legua de distancia».

–¿Y no volvieron a ver a la doncella, abuelo? –quiere saber Merceditas, que se mantuvo en completo silencio, fascinada con la historia.

–No, porque dicen que ella se transformó en el urutaú.

–¿Podemos ir ahora al jardín a buscar al pájaro-doncella? –pregunta Pepita.

Se había transformado en el urutaú o «ave fantasma».

–Me temo que va a ser difícil encontrar uno por aquí –responde José, depositando a Pepita en el suelo y levantándose de la robusta silla–. El urutaú vive muy lejos, en el Litoral argentino. Pero lo que sí puedo hacer es enseñarles a distinguir el canto de los pájaros, como hace tantos años me enseñó Rosita a mí y jamás olvidé.

Pepita de inmediato toma la mano de su abuelo y empieza a tironearlo suavemente en dirección al jardín, mientras Merceditas, que ya corrió hacia la puerta, exclama:

–¡Me encanta abuelito, empecemos ya!